

SEMBLANZA DE RICARDO POZAS ARCINIEGAS

Ricardo MÉNDEZ SILVA

El Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM organizó el pasado 16 de febrero una recordación del maestro Ricardo Pozas Arciniegas. Al término de la ceremonia me acerqué a la maestra Isabel Horcasitas para expresarle mi pésame. Con el rostro iluminado, repuso inmediatamente: “No sienta usted pena. Mire, trabajamos juntos, vivimos juntos. Lo ayudé en su tarea. No hay razón para estar tristes. No sienta usted pena”. Deslumbrado por su claridad humana concluí con ella que, efectivamente, cuando una vida alcanza la plenitud debe desterrarse la tristeza del recuerdo y hay que evocar a los seres queridos con alegría.

En 1988 me correspondió, en mi calidad de director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, tramitar la emeritad que concede nuestra Casa de Estudios a sus grandes académicos. El Consejo Universitario acordó por aclamación la concesión de ese galardón. El currículum vitae del maestro era amplio y diverso. Comprendía desde los inicios de su vida profesional como maestro rural, hasta su estancia de profesor visitante en la Universidad de Oxford, Inglaterra; aparecía la dirección de tesis, la celebración de talleres, la realización de prácticas de campo y un sinfín de libros, artículos y ensayos. Al presentar la candidatura del maestro para la emeritad, insistí en que en el trasfondo de la obra realizada y como guía del camino recorrido, había una actitud transparente del universitario verdadero, definida por una acérrima honestidad, por una dedicación ejemplar a sus clases que, en el área de sociología, se alimentaron del compromiso social y motivaron a los alumnos al conocimiento y a la interpretación de nuestra sociedad. Por su especialidad académica y por su vocación existencial, el interés profesional de Ricardo Pozas se arraigaba en la realidad, ensayaba incansable en el labo-

ratorio social y empleaba el conocimiento como herramienta de transformación comunitaria. En su quehacer hubo congruencia ética en cada uno de sus actos, en la dedicación a sus tareas de enseñanza e investigación; vivió con humildad y sencillez, expresiones de verdadera y profunda inteligencia, conducta que seguramente se enriqueció con la interacción fecunda que mantuvo con los grupos indígenas que estudió, y a los cuales ayudó a organizarse para que accedieran a mejores condiciones de vida material.

La ideología de nuestro ser universitario impone la vinculación con la sociedad y la obligación de servirla. En la labor callada de Ricardo Pozas durante varias décadas encontramos a un exponente único, difícilmente superable de esta convicción universitaria. Fue un hombre generoso. Para cumplir con la tarea de servir a los demás, partía de una generosidad discreta, sin afanes de reconocimiento o de vana gloria. Tal vez coincidamos todos en que la mayor cualidad que puede enarbolar una persona es la bondad. La inteligencia, “soledad en llamas”, sin el sustento de la bondad podrá arribar a verdades absolutas pero no justificará jamás el tránsito humano. Se es un hombre o una mujer extraordinarios no tanto por las hazañas o por las obras voluminosas sino por la generosidad que ilumina la jornada.

Además de la emeritid, el maestro Pozas fue galardonado con otras distinciones: la presea “Andrés Molina Enríquez” en 1984, el Premio Universidad Nacional en Ciencias Sociales en 1985 (que también obtuvo su compañera, la maestra Isabel Horcasitas, en 1993, siendo un caso único de un matrimonio que ha recibido el mismo premio). El maestro caminaba ajeno a los honores, a la vanidad que suele rodear a esas ceremonias. Mantuvo una discreta enemistad con lo solemne. Esta nota de su personalidad es admirable, su constancia por enaltecer la vida a través del amor al universo de lo cotidiano. Su hijo Ricardo, digno director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y heredero de la estirpe humanista de sus padres, lo evocaba en una emotiva introspección: “De niños nos hacía papalotes, carros de valeros, y cuando iba a las prácticas de campo, tomaba junto con los campesinos el arado para trabajar las tierras labrantías. Para él, escribir un libro, cultivar los surcos o hacer un ladrillo, eran actos alumbrados por un mismo sentido de la dignidad.”

Nació el maestro Ricardo Pozas en Amealco, Querétaro, en el año de 1912. Por su ubicación, Amealco era frontera con el mun-

do indígena; el entorno en los años de su niñez y de su adolescencia imponían a flor de piel la realidad profunda de la patria indígena, que sembró seguramente en el maestro la vocación primordial, presente después en sus estudios de antropología y en su quehacer profesional. Me parece que también fue definitiva en su vocación la incursión temprana en el magisterio, en las escuelas rurales. A los dieciséis años de edad se inició en esta noble actividad en los poblados de Vizarrón de Montes y en San Sebastián de las Barrancas en su estado natal, Querétaro. Estamos en el México de 1928, cuando el maestro rural era un misionero cívico en el proceso de reconstruir a la nación. Estoy convencido de ello porque lo mismo que Ricardo e Isabel Pozas, mis padres fueron maestros normalistas e iniciaron su ya lejano trabajo, que hoy se antoja mítico, como profesores rurales, en condiciones de extrema limitación económica y de incomodidades inenarrables. El anhelo de libertad y de justicia se abonaba con las primeras letras del alfabeto.

Pregunté a Ricardo Pozas Horcasitas sobre el significado que para su padre había tenido la etapa de maestro normalista. Aludió al México de los años treinta, caracterizados por una euforia intelectual indigenista. La Revolución había despejado el encuentro retrospectivo con nuestro pasado indígena y aquella década propició el descubrimiento y el redescubrimiento de las comunidades indígenas en la realidad, más allá de la sublimación plasmada en los murales de Rivera, Orozco y Siqueiros. Aquí el maestro Pozas halló otra influencia definitiva: la atmósfera intelectual dominante. En la más pura interpretación de Ortega, fue el hombre y su circunstancia. Vivió el ideal de la educación socialista que relampagueó en esa cruzada de reivindicaciones y acarició cercanamente el afán de igualdad entre todos los miembros de nuestra sociedad, empezando por los menos favorecidos, por los indígenas, o mejor, como los llamaba Justo Sierra, *los terrígenas*.

Ascendencia bienhechora encontró también en los maestros de la época. Tiempo histórico aquél de luminarias intelectuales que fuera del aula impartían la lección de la honestidad; la cátedra en el salón de clases culminaba con el ejemplo en la vida pública. Hombres intachables, comprometidos en sus puestos con el servicio social. El mensaje de Narciso Bassols Batalla, Jesús Silva Herzog, Gilberto Loyo, fecundaron el mensaje íntimo de Ricardo Pozas, quien, a su vez, transmitió día con día a cuarenta y tantas

generaciones que formó desde 1953, año en el que llegó a la entonces recién creada Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En la Normal conoció a Isabel Horcasitas. Curiosamente, el maestro era devoto de la educación socialista, y la maestra Isabel era dirigente cristiana. Fue el complemento ideal, los valores de una cultura milenaria que sustenta filosóficamente al Occidente y el esquema ideológico de una nueva sociedad que todavía está por levantarse, la de un socialismo verdadero, de rostro humano, de vivir genuinamente democrático.

La unión de sus vidas fue suma de convicciones. Quizás sea cierto que nunca venceremos un sentimiento de soledad que nos acompaña desde el nacimiento, pero es verdad también que siempre marchamos acompañados, y que entre más noble sea el ideal que compartimos con los seres queridos, más sólida es la compañía que el destino nos obsequia. Así, el maestro Pozas está identificado con la maestra Isabel; son un solo proyecto vital. Mi paisaje íntimo favorito de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales era la imagen de la maestra Isabel esperando al maestro en los jardines. En 1986 la Facultad bautizó a uno de los auditorios con el nombre de los dos. Así, juntos en el metal de la placa, juntos en el recuerdo afectivo.

Hablar entonces del maestro Pozas compele a hablar de la maestra Isabel. Ambos han tenido la compulsión de hacer algo por los demás. La cátedra universitaria la concibieron como el puente creativo, dialéctico, entre la realidad y la justicia. La maestra Isabel ha sido suave e incansable combatiente en favor de la igualdad entre hombres y mujeres; ha sido defensora de las costureras, de los obreros, y, tras su dulzura, una antiimperialista temible. Hace unos tres años la maestra trataba de conseguir apoyo para un grupo de jóvenes y de niños de la calle que habían sido drogadictos y que se habían organizado para salvarse y para ayudar a otros menores a vencer las fatales adicciones. Logró que varios profesores contribuyéramos con los vales para la Tienda de la UNAM que se nos da mensualmente como prestación. Merced a este donativo, aquellos niños —nos decía— podían comer carne una vez a la semana.

El maestro Pozas —ya se ha dicho— vinculaba la clase, los talleres y las prácticas de campo, con la organización de las comunidades indígenas, para que se resguardaran de los ladinos y de las autoridades que invariablemente tomaban ventaja de su

trabajo. Organizó a distintos grupos en cooperativas de producción y de comercialización; trabajó con ellos en el campo; luchó para recuperar y rehabilitar sus tierras, para establecer granjas de acuacultura, etcétera.

A su manera, acorde con su sensibilidad personal y su formación humana, luchó desde siempre por evitar lo que finalmente aconteció en Chiapas el primer día del año de 1994. De haber existido más hombres como Ricardo Pozas, la salida violenta del Ejército Zapatista de Liberación Nacional se hubiera contenido. Por ello no deja de ser ironía del destino que el maestro Pozas haya fallecido a escasas tres semanas del levantamiento armado. Otra voz lo señalaba en forma distinta. ¿Por qué nos han abandonado? ¿Por qué nos han arrumbado en el rincón más triste, más pobre y más sucio de la patria? ¿Por qué hemos tenido que morir y matar para que nos escucharan? Era la interrogante del Subcomandante Marcos (la cita no es textual), y que lanzaba a la conciencia del país. La pregunta fue válida para la mayoría de nosotros, no así para el maestro Pozas, cuya edad y cuyo caminar despacioso jamás le impidieron regresar a la selva húmeda, a los horizontes borrados por la niebla y por la injusticia.

La frontera de su pueblo natal se abrió de par en par una vez que el maestro Pozas como antropólogo y como sociólogo tomó la materia prima de la realidad indígena. Estudió a los grupos de los Altos de Chiapas, los tzeltales, los tzoltiles y los mames. Esta es su labor más conocida, pero estuvo igualmente con los seris y los yakis en el estado de Sonora, los kiliwa de Baja California, los otomíes del estado de Hidalgo, los mazahuas del Estado de México, los zapotecas del estado de Oaxaca. Se adentró en su cultura, en su idiosincrasia, en su cosmovisión. Entendió desde su realidad espiritual la existencia de cada pueblo. Su actitud creó toda una escuela para la antropología y para la sociología. Lejos de ser un objeto curioso o una expresión folclórica, los indígenas fueron una constelación de valores existenciales a desentrañar. Queda evidencia de esto en las decenas de libros, artículos y ensayos que escribió sobre las poblaciones autóctonas. Una muestra es el libro clásico *Juan Pérez Jolote*, publicado por primera vez en 1948 y traducido al inglés, al francés, al polaco, al alemán y al japonés. Mucho más que el testimonio de un ser real, es creación y recreación del hombre de carne y hueso y del antropólogo mismo. El autor y el protagonista comulgan en una realidad distinta a la histórica y a la de la interpretación académica; es

vivencia y literatura, es el drama de la vida inmortalizado por la imaginación de la novela. Los primeros párrafos aluden a un tiempo suspendido en la visión cultural de las realidades estáticas y de la injusticia perpetúa:

La Tierra de mis antepasados está cerca del Gran Pueblo, en el paraje de Cuchulumic. La casa donde nací no ha cambiado. Cuando murió mi padre, al repartirnos lo que dejó para todos sus hijos, la desarmamos para dar a mis hermanos los palos del techo y de las paredes que les pertenecían; pero yo volví a levantarla en el mismo lugar, con paja nueva en el techo y lodo para el relleno de las paredes. El corral de los carneros se ha movido por todo el huerto para “dar cultivo” al suelo. El “pus” que usó mi madre cuando yo nací, y que está junto a la casa ha sido remendado ya; pero es el mismo. Todo está igual que como lo vi cuando era niño, nada ha cambiado. Cuando yo muera y venga mi ánima, encontrará los mismos senderos por donde anduve en vida, y reconocerá mi casa.

No sé cuándo nací. Mis padres no lo sabían; nunca me lo dijeron.

Me llamo Juan Pérez Jolote; lo de Juan, porque mi madre me parió el día de la fiesta de San Juan, patrón del pueblo. Soy Pérez Jolote, porque así se nombraba a mi padre. Yo no sé cómo hicieron los antiguos, nuestros “tatas”, para ponerle a la gente nombres de animales.

Anhelaba saber en qué medida la simbiosis entre el autor y el personaje de la vida real había tenido lugar. Refirió Ricardo Pozas Horcasitas que, una vez concluido el original del libro, su padre fue en busca de Pérez Jolote para leerle la historia. Lo encontró en San Cristóbal de las Casas sumido en el alcoholismo, deshecho después de dos semanas de beber sin reposo y sin probar alimento. Era el fatalismo extendido de la población y el mal que en su familia había destruido a su padre y a su abuelo. Ricardo Pozas leyó el texto y Pérez Jolote empezó a reconocerse lentamente en la semblanza que escuchaba. Al final, emocionado, y con una angustia que se exorcisaba de lo remoto de su alma, expresó: “Yo quiero vivir”. El libro no contaba todavía con el remate final y el maestro Pozas tomó este pasaje para concluir su memorable obra: “Yo quiero vivir”.

En relación con la asimilación de lo indígena, explicó Ricardo Pozas hijo, que existió una recepción acusada de la otra dimensión, de lo que Carlos Castañeda llamó “la realidad aparte”, la

asimilación de otros valores, de prioridades distintas en los planos deslumbrantes de la cotidianidad. *El terrígena* vive con discreción su existencia, no tanto por la opresión que lo ha aplastado, sino porque obedece a otra concepción de la plenitud íntima. Vive de una cultura que se nutre de la tierra, dialoga con los árboles y se maravilla con el tránsito planetario que marca las estaciones. Es una raza de hombres que escudriña el cielo todavía en busca de respuestas.

Como toda vida, la de Ricardo Pozas Arciniegas fue única e irrepetible, en todos los tiempos y cerca de nosotros. Y como pocos hombres, encontró una razón para ser profundamente el mismo, en feliz armonía con los demás.